

ra ejemplar por el asesinato de uno de éstos y por las lesiones de 60 de sus compañeros.

Desde luego se dictaron órdenes de aprehensión y fueron encarcelados siete de los líderes: Luis Lingg, Samuel Fielden, Jorge Engel, Adolfo Fischer, Miguel Schwab, Augusto Spies y Oscar Neebe. Había también instrucciones para aprehender a Rodolfo Schmaubelt, a Guillermo Selinger y a Alberto R. Parsons. De estos tres últimos, Selinger traicionó a los de su clase, poniéndose de parte de los acusadores, y así se salvó; Rodolfo Schmaubelt, logró huir; Parsons permaneció prófugo durante más de un mes, y fue sólo cuando se inició el jurado de los supuestos conspiradores, cuando Parsons, dando pruebas de un carácter firme y leal, y de una voluntad férrea, se presentó de grado ante sus jueces.

Eran, pues, ocho los dirigentes del movimiento obrero que quedaban para enfrentarse con las fuerzas unidas del capitalismo y la pequeña burguesía, representada por las autoridades. El 17 de mayo se había iniciado el proceso y la acusación contenía nada menos que 69 capítulos.

El 21 de junio se instaló el jurado, presidido por Joseph E. Gary y compuesto, en su totalidad, de miembros de la clase burguesa. Las audiencias se prolongaron hasta el 20 de agosto siguiente, día en que se dictó sentencia condenatoria para todos los acusados. Siete de ellos deberían morir en la horca el 11 de noviembre. Uno, Oscar W. Neebe, tendría que purgar una condena de 15 años de presidio.

Después que se dio a conocer la sentencia, el Presidente del Tribunal concedió a los sentenciados el derecho de hablar.

Todos se aprovecharon del momento para decir frases de protesta en contra de los procedimientos seguidos, para reafirmar su inocencia en el atentado de que se les hacía culpables y para formular profecías augurando, como dijo Fielden, "que llegaría la hora del arrepentimiento para un siglo que así asesinaba a sus mejores amigos".

Unos cuantos datos biográficos y la cita de breves frases de sus últimos discursos, pueden dar clara idea de quiénes eran y cómo pensaban aquellos hombres, que habían consagrado su vida a la propaganda de las ideas socialistas, de las ideas de justicia y reivindicación para el obrero, y que murieron, calumniados, en infamante cadalso.

ALBERT R. PARSONS, norteamericano, de Arkansas, tenía 38 años cuando la huelga del 10. de mayo. Militó a las órdenes de su hermano, que era General del Ejército Confederado. Estudió en Waco y tomó el oficio de tipógrafo. De inteligencia clara y sentimientos nobles, dedicó su valer y sus energías a la defensa de los intereses proletarios. Fundó el periódico "El Espectador", en Waco, y luego "La Alarma", en Chicago, desde donde hizo intensa labor en pro de la huelga por la jornada de ocho horas. Era tan estimado por sus compañeros, que se pensó en nombrarlo candidato a la Presidencia de los Estados Unidos.

Su labor más interesante como periodista de combate la desarrolló en "La Alarma", órgano del llamado "Grupo Americano", desde donde fustigó constantemente a los capitalistas, clamando contra sus abusos. De palabra llena de elocuencia, sabía arrebatarse a la multitud con su frase vibrante de convencido. El habló la noche del pri-

mero de mayo; acababa de hablar en Haymarket cuando los policías abrieron el fuego, después de que estalló la bomba.

Cuando supo que iba a comenzar el jurado de sus compañeros, se presentó noblemente a la policía para poder ayudarlos a demostrar su inocencia, o correr su misma suerte. Al conocer la sentencia y a pesar de que los malos tratos que recibía en la prisión lo tenían exhausto, pronunció dos discursos, uno de dos horas y otro de cuatro al día siguiente.

"Vuestro veredicto —dijo a sus jueces— es el veredicto de la pasión, engendrado por la pasión, alimentado por la pasión y realizado por la pasión... Es el resultado del odio de la prensa burguesa, de los monopolizadores del capital, de los explotadores del trabajo... Yo, como trabajador, sólo he expuesto los que creía justos clamores de la clase obrera y he defendido su derecho a la libertad... Primitivamente, la tierra y los demás medios de vida pertenecían en común a todos los hombres... hasta que se produjo un cambio por medio de la violencia, del robo y de la guerra; hasta que la sociedad se dividió en dos clases; amos y esclavos. El proletariado nació con la Revolución Francesa; fue el primer paso en un movimiento de regresión hacia una época en que la tierra y los medios de vida volverán a pertenecer en común a todos los hombres".

Las últimas palabras de aquel hombre que había preferido el cadalso a la deslealtad, fueron: "Ni aun ahora tengo de qué arrepentirme".

JORGE ENGEL, alemán, de Cassel; de origen humilde. Recibió educación rudimentaria y desde muy joven comenzó a trabajar en una imprenta. Pero

su amor a la ciencia y su gran voluntad lo hicieron adquirir por sí mismo una cultura nada común. Emigró a los Estados Unidos cuando tenía 37 años y se radicó en Chicago, afiliándose desde luego al Partido Socialista. Orador incisivo, de palabra fuerte, sus discursos estaban llenos de figuras de gran belleza; lo escuchaban complacidos hasta sus mismos adversarios. Su gran actividad y su talento, al mismo tiempo que impulsaron el desarrollo de la organización socialista, le atrajeron la mala voluntad de la burguesía y el odio del capitalismo que lo llevó a la muerte.

"Estoy aquí —decía frente al jurado, después de oír su sentencia de muerte— por las mismas razones que me impulsaron a abandonar Alemania: por la miseria, por la pobreza de la clase trabajadora. Aquí, también, en esta libre República, en el país más rico del mundo, hay obreros que no tienen lugar en el banquete de la vida, y que, como parias sociales, arrastran una existencia miserable. Aquí he visto a seres humanos buscando algo con qué alimentarse en los montones de basura de las calles. Mi desilusión ha sido grande. Estuve en Nueva York y en Filadelfia, y cuando ya no pude vivir allí me trasladé a Chicago, dolorosamente convencido de que para el que trabaja, todos los lugares son iguales: todos le son hostiles; lo mismo Nueva York que Chicago, Alemania que Estados Unidos.

"Mi crimen consiste en que he trabajado por el establecimiento de un sistema social en el que sea imposible el hecho de que, mientras unos acumulan millones explotando las máquinas, otros ruedan a la degradación y a la miseria. Vuestras leyes están en oposición con la Naturaleza; mediante ellas, robáis a las masas el derecho a la vida,

a la libertad y al bienestar”.

SAMUEL FIELDEN. Era clérigo. Se graduó Ministro Metodista en Inglaterra, de donde era originario pues había nacido en Todmorden, Lancashire, en 1847. Estudió mientras trabajaba en una fábrica de hilados y tejidos, donde observó la situación angustiosa de los obreros, a la que no halló más remedio que el socialismo. Emigró a Estados Unidos y, en vez de dedicarse a su ministerio, entró al taller para hacer propaganda. En 1869 se estableció en Chicago, donde hizo amistad con Parsons y con Augusto Spies; pronto formó parte de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Cuando lo sentenciaron, acusado de conspirador, tomó la palabra para dirigirse al jurado y comenzó por recitar una poesía: “Revolución”; después pronunció largo discurso en el que se defendió diciendo que no era crimen pensar y luchar por el mejoramiento de los obreros. Afirmó que las ideas reivindicadoras del proletariado no podrían destruirse con la muerte de un hombre ni de muchos hombres. “El hombre muere, pero la idea sobrevive —dijo—. Si queréis mi vida, porque invoco los principios del socialismo, como entiendo y creo honradamente que los invoco en favor de la humanidad, os la doy contento y creo que el precio es insignificante ante el resultado grandioso de nuestro sacrificio. Yo amo a mis hermanos los trabajadores como a mí mismo; como odio la tiranía, la maldad y la injusticia. Creo que el siglo XIX ahorca en nosotros a sus mejores amigos; pero ya llegará la hora del arrepentimiento”.

ADOLFO FISHER. Aunque nació en Alemania, en 1856, emigró con sus padres a los Estados Unidos, antes de cumplir los diez años, por lo que tenía educación norteamericana. Fue impre-

sor, también. Devoró obras socialistas y se convirtió en un furioso propagandista de la idea. En Little Rock, donde vivía, fundó un periódico; pero sus ambiciones eran muy grandes y lo llevaron a Chicago, donde fundó otro, de avanzadas ideas socialistas. Como miembro de las organizaciones obreras, trabajó infatigablemente y desempeñó comisiones dedicadas, con singular acierto.

Cuando lo sentenciaron a muerte, su defensor quería impedirle que hablara, tal vez con la esperanza de poder hacer alguna gestión posterior para salvarle la vida; pero Fisher no tenía miedo al cadalso.

“Si la muerte —exclamó— es la pena correlativa a la ardiente pasión por la libertad de la especie humana, lo digo muy alto; disponed de mi vida... Yo no niego que concurrí al mitin de Haymarket, que no fue convocado para cometer ningún crimen, sino para protestar contra los atropellos y los asesinatos de la policía y en las afueras de la fábrica McCormick... Para poder probar algo contra nosotros, se han comprado testigos falsos... Así podéis condenarnos a muerte. Está bien. Este veredicto es un golpe definitivo a la libertad de imprenta, a la libertad de pensamiento y a la libertad de expresión. El pueblo tomará buena nota de ello”.

AUGUSTO SPIES. Nació en Lauden, Ducado de Essen, Alemania en 1855, y emigró a los Estados Unidos cuando tenía 17 años. Se estableció en Chicago, como impresor y, desde luego, comenzó a sentir indignación sin límites por el grosero trato que daban los patronos a sus trabajadores. A pesar de la fuerte presión que se ejercía contra el Partido Socialista, Spies se afilió a él y a los 22 años, entró como redactor del

periódico “Arbeiter Zeitung”, del que ya era director cuando ocurrieron los sucesos de mayo de 1866. Se distinguió por su notable inteligencia; todo el Partido le reconocía sus grandes facultades de orador polemista y su incansable labor de propagandista de la idea revolucionaria.

Su discurso ante el jurado después de ser sentenciado a muerte, fue una brillante requisitoria contra la burguesía, el capitalismo y sus injusticias; una clara exposición de la doctrina socialista.

“Mi defensa es vuestra acusación —les gritó—. Mis pretendidos crímenes vuestra historia. Qué hemos hecho en nuestros discursos y en nuestros escritos? Hemos explicado al pueblo sus verdaderas condiciones y sus relaciones sociales... Hemos probado que el salario es la causa de todas las iniquidades, iniquidades tan monstruosas que claman al cielo. Hemos dicho que el sistema del salario tiene que transformarse por necesidad lógica, hasta adquirir formas más elevadas de civilización hasta que se llegue al sistema cooperativo universal, que no otra cosa es el socialismo... No penséis en aniquilar estas ideas, que cada vez ganan más terreno, mandándonos a la horca; si una vez más aplicáis la pena de muerte a quien se atreve a decir la verdad; si la muerte es la pena que imponéis por ese delito, estoy dispuesto a pagar tan costoso precio: ahorcadme!”

LUIS LINGG. Hijo del pueblo, palpó desde niño la terrible realidad de la situación de los trabajadores, pues su padre que era maderero, después de largos años de trabajo sufrió un accidente. El patrón, en vez de indemnizarlo o de ayudarlo, le redujo el salario, en vista de que estaba semiinvalído y su rendimiento era ya menor que an-

tes. Luis Lingg tuvo el hambre y la necesidad como huéspedes continuos en su hogar, y, forjado en ese ambiente recio y frugal, mostró desde los primeros años su firmeza de voluntad y su amor a la causa de los oprimidos. La injusticia cometida con su padre, dejó en él honda huella, pues veía que mientras el industrial se enriquecía cada vez más, su padre, que habíale ayudado a acumular esa riqueza, yacía en el abandono y en la miseria. Viajando por el sur de Alemania, su tierra natal, tuvo contacto con los socialistas y abrazó la doctrina entusiasmado. Llegó a Chicago a principios de 1865 y tomó parte en las actividades del grupo director del movimiento obrero, por lo que se vio envuelto en la trama tejida por los capitalistas contra ese grupo.

Frente al jurado se defendió del cargo de dinamitero que le hicieron, y del de conspirador, porque encontraron en su casa algunas bombas, aunque él demostró, y los peritos así lo aseguraron que la bomba de Haymarket no era en nada semejante a las que él tenía en su casa, y que comprobó haber comprado en una casa comercial. Dijo: “Me acusáis de conspirador porque pertenezco a la Asociación Internacional de Trabajadores; y habéis declarado que esa asociación tiene por objeto conspirar contra la Ley y el orden. Os desprecio vuestras leyes, vuestro orden, vuestra fuerza, vuestra autoridad: podéis ahorcadme!”

MIGUEL SCHWAB. Como Lingg, era también de Manheim, Alemania, hijo de familia conservadora, que lo educó en un colegio de jesuitas, del cual Schwab logró escapar, ya que su espíritu libre no le permitía aceptar la educación que se le estaba dando. Su ansia de aventura lo hizo viajar y conectarse con quienes profesaban las doctrinas socialistas, que él adoptó y de las que

fue propagandista incansable. En 1879 emigró a Estados Unidos y se radicó en Chicago. Trabajó amistad con Augusto Spies y colaboró con él en el "Arbeiter Zeitung". Sus cualidades oratorias le conquistaron gran popularidad entre los germanoamericanos. Tenía también dotes extraordinarias de organizador. Fue uno de los directores de la huelga del 1.º de mayo.

Ante el Tribunal no pretendió defender su vida, sino sus ideas. Dijo:

"Hablaré poco, y eso para que no se interprete mi silencio como cobardía. Llamar justicia a este proceso es una burla. Cuando una clase social está contra la otra es hipócrita hablar de justicia. Nos acusáis de conspiradores: un movimiento no es una conspiración. Nosotros todo lo hemos hecho a la luz del día. Anunciamos de palabra y por escrito, una próxima revolución, un cambio en el sistema de producción de todos los países industriales del mundo, y ese cambio viene, no puede menos que llegar. Como obrero que soy, he vivido entre los míos; he dormido en sus buhardillas y en sus cuevas, he visto prostituirse la virtud a fuerza de miserias y privaciones y morir de hambre hombres robustos, por falta de trabajo.

"En Europa, abrigué la ilusión de que la situación de los obreros sería distinta en este país de las libertades, pero es peor. Nosotros creemos que se acercan los tiempos en que los explotados reclamarán sus derechos a los explotadores y se rebelarán contra la burguesía. La lucha es inevitable".

OSCAR NEEBE. Nació en los Estados Unidos, hijo de padres alemanes, y ya en su juventud militaba en las filas del movimiento obrero, con lo que se atrajo el odio de capitalistas y bur-

gueses. Aprehendido con los directores de la huelga el 1.º de mayo, fue condenado a 15 años de presidio, de los cuales, por cierto, solamente purgó ocho, habiendo obtenido después su libertad.

Cuando escuchó la sentencia se indignó. Gritaba: "Ahorcadme con ellos! La causa del pueblo, la causa de los trabajadores no se destruye con horcas!"

LOS EJECUTAN

La ejecución había sido fijada para el 11 de noviembre; y las organizaciones obreras pensaron que contarían con tiempo suficiente para remediar la espantosa injusticia. Por desgracia fueron inútiles todas las gestiones. Las autoridades se mostraron implacables; y crueles, hasta el grado de encarcelar a la esposa de Parsons y a una amiga y colaboradora, para evitar que siguieran gestionando la salvación de los condenados

La sentencia se cumplió el 11 de noviembre de 1866

Los nombres de los ajusticiados han pasado a la historia del movimiento obrero como símbolos. Representan, no solamente un incidente en la lucha por la reivindicación de los derechos de los trabajadores; no solamente un ejemplo de firmeza y desinterés, sino una síntesis de sacrificio porque en ellos se resumen todos los héroes anónimos, las víctimas que cayeron sacrificadas durante las jornadas de mayo, para que el mundo obrero pudiera disfrutar del beneficio de una jornada humana de trabajo

(Tomado de la revista "Pasionaria" de Mayo de 1938, órgano oficial de la Sección 67 del Sindicato de Mineros).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

educación
POPO LA VIDA



SECRETARIA DE PRENSA Y PROPAGANDA

— 1981 —